

HERNÁN RIVERA LETELIER

**La contadora
de películas**



HERNÁN RIVERA LETELIER

La contadora de películas



punto de lectura

HERNÁN RIVERA LETELIER

La contadora de películas

© 2009, Hernán Rivera Letelier
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc. Agencia Literaria
info@schavelzon.com
© De esta edición:
2011, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.

ISBN: 978-956-239-881-7
Inscripción N° 178.486
Impreso en Chile/Printed in Chile
Primera edición: enero 2011

Diseño de colección: Ignacio Ballesteros

Portada: *La contadora de películas* de Manuel Ossandón

Impreso en Salesianos Impresores S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

HERNÁN RIVERA LUSTRE

El contador de películas

*A Claudio Labarca, el Oso,
que tenía un primo contador de películas.*

«Estamos hechos del mismo material de los sueños».

SHAKESPEARE

«Estamos hechos del mismo material de las películas».

HADA DELCINE

Como en casa el dinero andaba a caballo y nosotros a pie, cuando a la Oficina llegaba una película que a mi padre —sólo por el nombre del actor o de la actriz principal— le parecía buena, se juntaban las monedas una a una, lo justo para un boleto, y me mandaban a mí a verla.

Después, al llegar del cine, tenía que contársela a la familia reunida en pleno en la pieza del living.

Era lindo, después de ver la película, encontrar a mi padre y a mis hermanos esperándome ansiosos en casa, sentados en hilera como en el cine, recién peinaditos y cambiados de ropa.

Mi padre, con una manta boliviana sobre sus piernas, ocupaba el único sillón que teníamos, y esa era la platea. En el piso, a un costado del sillón, relumbraba su botella de vino rojo y el único vaso que quedaba en casa. La galería era esa banca larga, de madera bruta, en donde mis hermanos se acomodaban ordenadamente, de menor a mayor. Después, cuando algunos de sus amigos comenzaron a asomarse por la ventana, eso se convirtió en el balcón.

Yo llegaba del cine, me tomaba una taza de té rapidito (que ya me tenían preparada) y comenzaba mi función. De pie ante ellos, de espalda a la pared pintada a la cal, blanca como la pantalla del cine, me ponía a contarles la película «de pe a pa», como decía mi padre, tratando

de no olvidar ningún detalle, ni del argumento, ni de los diálogos, ni de los personajes.

Por cierto, aquí debo aclarar que no me mandaban a mí al cine por ser la única mujer de la familia y ellos —mi padre y mis hermanos— unos caballeros con las damas. No, señor. Me mandaban porque yo era mejor que todos ellos contando películas. Como se oye: la mejor contadora de película de la familia. Luego, pasé a ser la mejor de la corrida y al poco tiempo la mejor del campamento. Que yo supiera, no había nadie en la Oficina que me ganara contando películas. De cualquier tipo: de cowboys, de terror, de guerra, de marcianos, de amor. Y, por supuesto, mexicanas, que a mi papá, como buen sureño, eran las que más le gustaban.

Y fue justamente con una mexicana, de esas bien cantadas y lloradas, que me gané el título. Porque el título hubo que ganárselo.

¿O creen que fui elegida por mi talle?

En la familia éramos cinco hermanos. Cuatro hombres y yo. Los cinco hacíamos una escala real perfecta, en tamaño y edades. Yo era la menor. ¿Se imaginan lo que significa crecer en una casa con puros hermanos varones? Nunca jugué a las muñecas. En cambio, era campeona para las bolitas y el juego de palitroques. Y a matar lagartijas en las calicheras no me ganaba nadie. Donde ponía el ojo, paf, lagartija muerta.

Andaba a pata pelada todo el santo día, fumaba a escondidas, llevaba una gorra de visera y hasta había aprendido a mear parada

Se *mea* parada, se *orina* acucillada.

Y lo hacía en cualquier parte de la pampa, tal como mis hermanos. Incluso en las competencias de quien llegaba más lejos a veces les ganaba por más de una cuarta. Y en contra del viento.

Cuando cumplí los siete años entré a la escuela. Aparte del sacrificio de tener que usar po-

lleras, me costó un kilo acostumbrarme a orinar como las señoritas.

Me costó más que aprender a leer.

Cuando a mi papá se le ocurrió la idea del concurso, yo tenía diez años y estaba en tercero de preparatoria. Su idea consistió en mandarnos al cine de a uno y luego hacernos contar la película. El que la contara mejor iría cada vez que dieran una buena. O una mexicana. La mexicana podía ser buena o mala, eso a mi padre no le importaba. Y además, claro, que hubiera plata para la entrada.

Los demás se conformarían con oírla contar después en casa.

A todos nos gustó la idea; todos nos sentíamos capaces de ganar. No en vano, igual que los demás niños del campamento, cada vez que íbamos al cine salíamos imitando a los «jovencitos» de la película en sus mejores escenas. Mis hermanos imitaban a la perfección el caminar arqueado y la mirada oblicua de John Wayne, el rictus despectivo de Humphrey Bogart y las musarañas increíbles de Jerry Lewis. Yo los ma-

taba de la risa al tratar de batir las pestañas a lo Marilyn Monroe, o de imitar los mohínes de niña inocente —voluptuosamente inocente— de Brigitte Bardot.

Algunos preguntarán por qué mi padre no iba él mismo al cine; por lo menos cuando daban una mexicana. Mi padre no podía caminar. Había sufrido un accidente de trabajo que lo dejó paralítico de la cintura para abajo. Ya no trabajaba. Recibía una pensión de invalidez que era una miseria, apenas alcanzaba para mal comer.

Ni decir que ni siquiera teníamos para una silla de ruedas. Para desplazarlo del comedor al dormitorio, o del comedor a la puerta de la calle —donde le gustaba beber su botella de vino rojo viendo pasar la tarde y a sus amigos—, mis hermanos le habían adaptado al sillón las ruedas de un triciclo viejo. El triciclo había sido el primer regalo de pascua de mi hermano mayor y sus ruedas no soportaban mucho tiempo el peso de mi padre, y se doblaban, y había que repararlas constantemente.

¿Y mi madre? Bueno, mi madre, después del accidente, abandonó a mi padre. Lo abandonó a

él y a nosotros, sus cinco hijos. Así, ¡de un zuácate! Por eso en casa mi padre nos tenía prohibido hablar de ella; de la «pizpireta», como la llamaba con desdén.

«No me nombren a esa pizpireta», decía, cuando a alguno de nosotros, sin querer, se le escapaba la palabra mamá.

Luego, entraba en un mutismo del que costaba horas sacarlo.

Recuerdo que cuando mi madre estaba con nosotros —antes de que ocurriera la desgracia— y éramos una familia completa, y mi padre trabajaba (y no bebía tanto), y ella lo recibía con un beso al llegar del trabajo, los fines de semana íbamos al cine los siete juntos.

¡Cómo me gustaba el ritual de prepararse para ir al cine!

«Hoy dan una de Audie Murphy», llegaba diciendo mi padre (por ese tiempo eran las estrellas las que daban categoría a las películas). Entonces nos poníamos nuestras mejores ropas. Incluso zapatos. Mi madre peinaba a cada uno de mis hermanos; los peinaba al limón y con la raya hecha como con regla. Menos a Marcelino, el cuarto de mis hermanos, que tenía el pelo duro como crin y lo peinaran como lo peinaran siempre le quedaba la cabeza como un libro abierto. A mí me hacía una cola de caballo apercollada con elásticos negros, tan rígi-

da, que los ojos me quedaban a punto de saltar de la cara.

Siempre íbamos a la función de vespertina.

Eso me encantaba, pues el atardecer era para mí la hora más bonita de la pampa. Los últimos rayos del sol pintaban de oro el óxido de las calaminas y los colores del crepúsculo hacían juego con los pañuelos de seda que usaba mi madre.

Ella adoraba los pañuelos de seda.

Como se acostumbraba en la pampa, nos íbamos por el medio de la calle de tierra, de frente a los arreboles. A mi papá, que caminaba llevando del brazo a mamá, lo saludaban todos los hombres que pasaban.

«¡Buenas tardes, maestro Castillo!».

«¡Buenas, don fulano».

Yo me fijaba que lo saludaban a él, pero miraban a mi madre. Es que ella era muy linda y joven, y al andar movía las caderas como las actrices de las películas.

Al llegar a la esquina del cine oíamos la música emergiendo de los viejos parlantes y el corazón se nos henchía de júbilo. En las afueras de la sala había carritos con embelecocos. Mi madre compraba pastillas Pololeo, para ella y papá, y un cambucho de palomitas confitadas para cada uno de nosotros.

Entrábamos a la sala casi siempre de los primeros.

Nosotros no éramos como las otras personas que esperaban los acordes de la marcha que indicaba el inicio de la función para entrar a la sala en manada. A nosotros nos gustaba llegar temprano y esperar la película adentro.

A mí, la nave del cine en penumbras me causaba fascinación; me parecía una especie de caverna misteriosa, secreta, siempre inexplorada. Al atravesar las pesadas cortinas de terciopelo me daba la ilusión de pasar del crudo mundo real a un maravilloso mundo mágico.

Nos sentábamos en primera fila, casi pegado a ese enorme telón blanco que yo veía como el altar mayor de una iglesia. La culminación de todo ese ritual lo constituía el instante maravilloso cuando se apagaban las luces, se cerraban las cortinas, se callaba la música y la pantalla se llenaba de vida y movimiento.

Yo quedaba como suspendida en el aire.

Ese era el clímax del extraño sortilegio que

sobre mí ejercía el cine. Sobre mí y sobre mi madre. Ahora lo sé. La diferencia entre nosotras y mi padre con mis hermanos, era que a ellos el cine sólo les gustaba; a nosotras nos volvía locas.

Al apagarse las luces todos se enderezaban y ponían tientos frente al telón. Yo no. Yo giraba la cabeza para ver aparecer el rayo de luz que salía por las ventanillas de la sala de proyección y recorría el espacio sobre nosotros hasta chocar con la pantalla y estallar en imágenes y sonidos. Y muchas veces, cuando la película no era todo lo entretenida que yo hubiese querido (mucha conversa y poca acción), dejaba de mirarla para contemplar embelesada ese mágico haz de polvillo luminoso. Me parecía un prodigio que aquel chorro de luz pudiera transportar cosas tan impresionantes como trenes perseguidos por indios a caballo, buques de piratas en mares tormentosos y dragones verdes exhalando fuego por sus siete cabezas.

Yo entonces pensaba que por ahí fluía también la voz, el estampido de los disparos, las canciones tan bonitas de los mariachis de las películas mexicanas. Luego, aprendí que no. Como aprendí muchas otras cosas, algunas más bien de corte técnico, por ejemplo que eran 24 cuadros por segundo —o fotogramas— los que pasaban ante los ojos de los espectadores para hacer la ilusión de movimiento. No sabía de qué me iba

a servir esa clase de datos, pero yo quería saberlo todo sobre el cine. Esto ocurrió cuando me dio por leer las revistas *Ecran* que descubrí en la biblioteca de la Oficina.

Las leía como desahogada.

Pero no me quiero adelantar, porque eso fue después de que me convirtiera en contadora de películas.

Las casas del campamento, como en todas las salitreras de la pampa, definían perfectamente las tres clases sociales imperantes: las casas de calamina de los obreros, las casas de adobe de los empleados y los lujosos chaleses de los gringos.

Nuestra casa era un barracón de calaminas aportilladas dividido en tres partes. La primera era la «pieza del living», como le llamaba la gente (aunque en la nuestra nunca hubo living). La segunda hacía de dormitorio, y la parte del fondo, de cocina y comedor. En el dormitorio cabían exactamente las tres camas de fierro forjado que teníamos. En una dormía mi padre, en la otra, mis tres hermanos más grandes, y en la tercera, mi hermano Marcelino y yo.

Yo para la cabecera, él para los pies.

De mayor a menor, los nombres de mis hermanos eran: Mariano, Mirto, Manuel y Marcelino. El mío es María Margarita. Como ya se habrán dado cuenta, mi padre tenía una fijación

con los nombres que comenzaban con eme. Esto, según le oí contar una vez, desde que le cayó la chaucha que, además de él llamarse Medardo, su madre se llamaba Martina y su padre, Magno.

Ahora creo que la única razón por la que se casó con mi madre fue porque ella se llamaba María Magnolia. Pues no eran afines en nada, no se parecían en lo más mínimo. Eran como el aceite y el vinagre. Además, mi padre le llevaba una diferencia de edad de veinticinco años.

«Así se estilaba antes en el campo», le escuché decir una vez a ella, en un dejo de fastidio, cuando una vecina se mostró extrañada por el contraste de edades.

Mi padre siempre decía, cuando hablaba del sortilegio de los nombres con *eme*, que ese era el secreto de los más grandes artistas del cine. O si no, que se fijaran en Norma Jean: apenas era una empleadita de tienda hasta que se rebautizó como Marilyn Monroe. O, si querían un ejemplo al revés, ahí estaba Cantinflas, el más grande de los cómicos del cine hispano, uno que había triunfado gracias a que en la vida real se llamaba Mario Moreno. Así de simple. ¿No me cree? Aquí mi padre hacía una pausa, miraba a su interlocutor como el verdugo miraría al condenado antes del golpe, y agregaba lo que alguna vez había oído por ahí y que para él venía a ser la corroboración indesmentible de su teoría, algo así como su hachazo mortal.

«¿Sabía usted, paisita —decía, saboreando sus palabras—, que en sus comienzos, cuando era sólo un artista de circo, Mario Moreno actuaba a dúo con un cómico llamado Manuel Medel?»

Ahora he llegado a creer que Marilyn Monroe le gustaba más por las emes de su nombre que por cualquier otra cosa. Él siempre quiso tener una «hija mujer» para bautizarla de ese modo. Mi madre decía que ni muerta. Ella aseguraba aborrecer a «esa rubia oxigenada que ni siquiera sabe trabajar bien en las películas». Sin embargo, era a esa actriz a quien imitaba al caminar. Y cuando, poco antes de que nos abandonara, oyó la noticia de su muerte, lloró inconsolablemente toda la noche.

Como en la familia, para decepción de mi padre, comenzaron a nacer puros varones, no hubo mayores problemas en la elección de los nombres sino hasta la llegada del cuarto hijo. Ahí él no se aguantó más y quiso bautizarlo como Marilyn.

Mi madre se opuso con su cuchillo de cocina en la mano.

No obstante la gran guerra fue al nacer yo. Decían que mi padre flameaba de alegría cuando supo que al fin le había nacido una chancletita. Ahora sí tendría una Marilyn en casa. Pero mi madre se negó y hasta amenazó con divorcio. Al final mi padre se conformó con el par de emes y pasé a llamarme María Margarita, nombre que a mí, la verdad, nunca me gustó mucho: me sonaba a mansedumbre, a conformidad, a madre sumisa.

Y yo quería ser otra cosa en la vida.

No sabía qué, pero otra cosa.

En eso me parecía a mi madre. Ella nunca estaba conforme con nada, siempre andaba cambiando de peinado, probando nuevos maquillajes, ensayando mohínes y poses frente al espejo, repitiendo algo que la niña que era yo entonces apenas atinaba a entender:

«Por qué conformarse con ser luciérnaga, digo yo, pudiendo ser estrella».

Y se contoneaba como loca frente al espejo.

Por eso, cuando me hice conocida como contadora de películas, me busqué un nombre más afín con mi arte. Pero me sigo adelantando en la historia.

Paciencia, eso viene después.

Debo confesar que nunca imaginé que sería yo la ganadora del concurso de quién contaba mejor la película. Mi hermano Mirto, el segundo, apodado el Pájaro, que en casa era el encargado de las compras, era el favorito de todos. Incluso yo hubiese votado por él a ojos cerrados. Él siempre fue alegre y parlanchín y andaba todo el día contando cosas que le ocurrían; tenía mucho sentido del humor.

En cambio, mi hermano Mariano, el mayor, que por su tartamudez le decían el Caterpillar —él se encargaba de cocinar, pese a ser el más inteligente de todos, y «más serio que cabo de guardia», como decía mi padre—, no tenía ninguna posibilidad por su tara en el habla. El pobre había comenzado a tartamudear cuando se fue nuestra madre.

A mi hermano Manuel, el tercero (encargado del aseo), ni siquiera le gustaba mucho el cine. A él le interesaba el fútbol más que ninguna otra

cosa en este mundo; era un pichanguero impenitente; sus partidos duraban todo el día, el primer tiempo en la mañana y el segundo en la tarde, con un breve descanso para almorzar. Por su costumbre de hacer un morro de tierra cada vez que iba a patear la pelota, lo apodaron el Morrito.

En la pampa todo el mundo lucía con orgullo la escarapela de un sobrenombre; el que no lo tenía era un nonato, un don nadie, no existía.

Mi cuarto hermano, Marcelino, alias el Cabeza de Libro, tenía alma de artista. Le gustaba dibujar y pintar con lápices de colores. En casa era más bien callado, le gustaba más oír que hablar. Y su única tarea era sacar la basura.

Luego, venía yo, que por ser mujer, ninguno daba una chaucha por mí. Ellos pensaban que las mujeres sólo eran buenas para hacer las camas y lavar los platos —de lo yo me ocupaba en la casa—, y por lo mismo no tenía ninguna chance. Sin embargo, había tres cosas que me daban ventaja sobre ellos, aunque entonces ni yo misma lo sabía. La primera, que me devoraba las historietas de Opalong Casidy, de Gene Austri, de Kid Colt y de todos los héroes del Viejo Oeste, y ellos no leían nada. La segunda, que era loca por los radioteatros, afición que había heredado de mi madre, quien, conmigo en brazos, nunca se perdía un capítulo de *Esmeralda, la hija del río*. Y la tercera era algo que hasta mi papá

ignoraba: de pequeña mi madre me hacía dormir contándome películas románticas —sus preferidas—, cosa que no hizo con ninguno de mis hermanos.

«Estas cosas son más de nosotras las mujeres», decía, haciéndome un guiño de complicidad que yo adoraba.

El primero en ir al cine fue mi hermano Mariano, el Caterpillar. Su narración fue un desastre. Ese día dieron una de guerra —alemanes contra norteamericanos—, y lo único que se le entendía y le salía de corrido al pobrecito era el tableteo de las metralletas. Y la mímica. La mímica le salía genial. Yo creo que en tiempos del cine mudo, él lo hubiera hecho muy bien.

A mi hermano Mirto, el Pájaro, le tocó ver una de indios, con Jack Palance. Su narración fue extraordinaria. El galope de los caballos, los disparos, los gritos de los indios, las señales de humo. Si hasta nos parecía oír el silbido de las flechas pasando sobre nuestras cabezas, ¡zuuummm! Lo único malo era que Mirto lo hablaba todo en «huevadas» y «cagadas»:

«Entonces, cuando el huevón sacó la pistola y disparó a la cabeza de la huevona, quedó la mansa ca-

gada porque los demás buevones ni cagando se iban a dejar que los cagaran de esa...».

A Manuel, que no lo hacía mal, le tocó una de vampiros. Sin embargo, lo perdió el amor. A los doce años estaba enamorado de la hija del dueño de la tienda más surtida de la Oficina —era el único de los hermanos que pololeaba—, y se pasó la hora y cuarenta minutos que duró la película abrazando a la niña que chillaba de miedo.

Lo de mi hermano Marcelino fue el colmo de la mala suerte. Callado por naturaleza —«a este niño hay que sacarle las palabras con tirabuzón», decía mi madre cuando estaba en casa—, le tocó ver *El viejo y el mar*, una película casi sin parlamento.

Su narración no duró más de cinco minutos.

Dos semanas después por fin me tocó a mí, la hermana menor, María Margarita, M M, como me decía a veces mi padre. Aunque yo no tenía apodo oficial, sabía que por lo bajo algunos niños me llamaban la Marimacha. El apodo, por cierto, no era muy refinado, pero si se fijan está compuesto por dos palabras que empiezan con eme.

Durante esas dos semanas llegaron varias películas buenas, y algunas muy buenas, pero no hubo plata para comprar el boleto. Era mediado

de mes y alcanzaba apenas para comer y para la botellita de vino de mi padre.

«Hay que esperar el pago de la pensión», decía él. Y resultó que justo ese día apareció en la cartelera del cine nada menos que *Ben-Hur*, la película que todo el mundo en la Oficina esperaba con ansiedad.

Mis hermanos estaban locos.

Todos querían ir al cine. O por lo menos que fuera Mario, decían, que hasta el momento era el que mejor había contado la película. Pero mi padre, que era un hombre justo, se negó.

«Ahora le toca el turno a María Margarita y María Margarita va a ir. He dicho».

La película duró tres horas. Lloré más que Sara García, la anciana actriz del cine mexicano.

Nunca una película me había gustado tanto. Después supe que, aparte de ser larga, había sido la película más cara de la historia. Y que había ganado once premios Oscar. Además, Charlton Heston era uno de los actores que más me gustaba.

Llegué a casa con los ojos enrojecidos. Todos me esperaban expectantes. Me bebí la taza de té en silencio, pasé adelante y, sin que me tiritaran las piernas ni nada, comencé mi narración.

Entonces fue que algo se apoderó de mí.

Mientras contaba la película —gesticulando, braceando, cambiando la voz— me iba como desdoblando, transformando, convirtiéndome en cada uno de los personajes. Aquella tarde fui Ben-Hur, el jovencito. Fui Messala, el malo de la película. Fui las dos mujeres leprosas a las que Jesús sanó.

Fui el mismísimo Jesús.

Yo no estaba contando la película, la estaba actuando. Más aún: la estaba viviendo. Mi padre y mis hermanos me oían y miraban con la boca abierta.

«Esta niña es toda una artista», comentó mi padre cuando, agotada hasta la extenuación, terminé de contarla.

Él y mis hermanos estaban como idos.

Y tenían los ojos enlantados.

Aquella narración, sin embargo, no bastó para hacerme con el título. Mi padre declaró empate: mi hermano Mirto y yo habíamos sido los mejores. Y como era un demócrata convencido, dijo que eso se resolvía mediante las urnas. Y con votación secreta.

Mirto sería el candidato número 1.

Yo sería la candidata número 2.

Se cortaron cuatro papelitos iguales y se repartieron entre los votantes (los candidatos no tenían derecho a voto). Cada uno de ellos escribió el número de su candidato y luego lo depositó en un cambucho de papel.

Después vino el conteo.

Dos votos para mi hermano y dos para mí (yo intuí que mi padre y Marcelino habían votado por mí). Para desempatar, mi padre decidió hacer lo más justo y razonable: la próxima película la iríamos a ver los dos juntos. El que luego la contara mejor ganaría.

La que nos tocó ver fue una mexicana con hartas canciones; se llamaba *Guitarras de medianoche*, y trabajaban nada menos que Miguel Aceves Mejía y Lola Beltrán, dos de las voces que más sonaban en las cantinas de la pampa. Mi hermano la contó primero y lo hizo con la misma gracia de siempre. Sobre todo imitando el acento amexicanado.

Sin embargo, yo, que también dominaba el tonito del habla mexicana (tantas películas rancheras había visto en mi corta vida), además de contar la película con descripciones de paisajes y todo, de pronto me largué a cantar las canciones interpretadas en la película (de tanto oírlas por los parlantes de las cantinas me las sabía todas). A ellos, que nunca me habían oído cantar, les extrañó que lo hiciera. Y que lo hiciera tan bien.

Incluso para mí fue una sorpresa.

Mi padre quedó deslumbrado. Especialmente cuando canté *No soy monedita de oro*, una de sus canciones preferidas. Ahí el demócrata se olvidó de sufragios y plebiscitos y me dio por ganadora absoluta.

«¡He dicho!», rugió cuando Mirto quiso insinuar una protesta.

Y así me convertí oficialmente en la contadora de películas de la casa.

Desde ese día dejé de jugar al hachita y cuarta y no acompañé más a mis hermanos a las calicheras a matar lagartijas. En vez de eso, los días que no iba al cine —por falta de dinero o porque a mi padre no le sonaban los nombres de los protagonistas—, me quedaba en casa experimentando cambios de voces y ensayando morisquetas frente al espejo.

Quería contar las películas cada vez mejor.

En el cine comencé a fijarme en detalles que la mayoría de los espectadores pasaban por alto; pequeños detalles que a mí me servían para darle más énfasis a mis narraciones: el modo acanallado de pintarse los labios de la rubia amante del mafioso, algún tic casi inadvertido del pistolero en los instantes previos al *saque*, la forma en que los soldados encendían el cigarrillo en las trincheras para que el enemigo no viera el resplandor del fósforo.

Pasado un tiempo, ya no me conformé con la mímica y el cambio de voz, sino que incorporé elementos externos, como en el teatro. Lo primero que ocupé fueron las pistolas de palo de mis hermanos, un sombrero antiguo de mi padre y un paraguas viejo que se había traído mi madre del sur y que, por supuesto, en la pampa nunca usó.

Después empecé a fabricar mi propia utilería.

Como en la escuela era buena en labores, me la pasaba cosiendo velos y turbantes para las películas de árabes; fabricando abanicos para las españolas y esos inmensos sombrerotes para las mexicanas. Hacía sables chinos, cascos de guerra, flechas de indios y distintos tipos de máscaras. La primera fue para imitar al Zorro. Lo que más gusto me causó, sin embargo, fue confeccionar y ensayar con el tonguito, el bastón y el bigote mosca de Carlitos Chaplin, mi camarada de espíritu.

Todas esas cosas las guardaba en un cajón de té, puesto al alcance de la mano, junto a la pared blanca.

Uno de los problemas del cine de la Oficina era que continuamente se cortaba la película. Cuando eso ocurría quedaba la trifulca en la sala. El público, silbando y zapateando, provocando un ruido estrepitoso, culpaba al anciano operador, y el operador, conocido por lo insolente y cascarrabias, le cargaba las tintas a lo antigua que era la maquinaria.

«¡Vayan a reclamarle al Coño, manga de idiotas!», gritaba enfurecido por las ventanillas de la sala de proyección. El Coño era el concesionario del cine, un español que además tenía una tienda de ropa y administraba el camal.

Al final los únicos que perdíamos éramos los espectadores, pues siempre, al reponerse la película, le habían escamoteado varias escenas. Aunque eso para mí era lo de menos. En casa no tenía ningún problema en imaginar o inventar los actos que le habían birlado.

Solía ocurrir asimismo que al Cojo Pelicule-

ro, como le decían al operador, se le confundieran los rollos —sobre todo cuando el hombrecito andaba caído a las copas— y viéramos el final por la mitad de la película.

O el principio al final.

O el medio por el principio.

Entonces todo se volvía una majamama y nadie entendía un carajo.

En estos percances, aunque un tanto más complicada, tampoco me era muy difícil ordenar la historia en mi mente y contarla después de principio a fin, como correspondía.

Creo que en el fondo yo tenía alma de conventillera, pues además con sólo mirar las dos o tres fotos pegadas en el cartel —por la mirada lasciva de cura, el mohín inocente de la niña y el gesto cómplice de la beata— yo podía inventar una trama, imaginar toda una historia y pasarme mi propia película.

Mi talento, sin embargo, no se sustentaba sólo en la loca imaginación de la que era dueña. Ni en mi buena memoria. Ni en las florituras aprendidas de mi madre y de los roncadores de los radioteatros (en vez de decir: «Entonces la besó en la boca», yo me regodeaba un poquito más: «Entonces apagó el cigarrillo, la miró a los ojos, la rodeó con sus brazos fornidos y posó sus labios en los de ella»). Nada de eso importaba tanto como la concentración.

Lo principal era la concentración.

Yo tenía un poder de concentración a prueba de todo. A prueba de la gente que iba al cine a conversar. A prueba de los gritos de los más pequeños. A prueba de los chirritos en la cabeza que repartían desde atrás los barrabases más grandes. Pero, sobre todo, a prueba de esos niños licenciosos y un tanto mayores que iban al cine no a ver la película, sino a atracarle el bote a las niñas.

Para ellos era como un deporte. Si una no se dejaba nos trataban de «cabras chicas» y se iban donde otra. Se sentaban junto a la que estuviera sola y de a poco le tomaban la mano. Luego, trataban de abrazarla. De besarla. Alentados por las niñas más resueltas, o más medrosas, algunos llegaban a la osadía de estrujarles los senos. O de meterles las manos entre las piernas. (Una vez un barrabás de los más grandes —decían que por una apuesta— le sacó los calzones rosados a una niña, los hizo girar triunfalmente por sobre las cabezas y los lanzó al aire, y como la película estaba aburridísima, los espectadores, con gran alborozo, comenzaron a lanzárselo unos a otros).

Yo no me dejaba.

Aunque dijeran que me hacía la mosquita muerta. Me importaba un comino. Verdad era que a mis cortos años ya había jugado juegos de papá y mamá con los amigos de mis hermanos. Pero al cine yo iba a ver la película.

Por ningún motivo podía desconcentrarme.

Lo que sí me provocaba inconvenientes —y grandes— eran las películas con escenas de infidelidad conyugal. Ahí tenía que echar mano a todo mi poder de fabulación y cambiar el argumento para no causarle dolor a mi padre.

Aunque había pasado un par de años desde la fuga de mi mamá, aún la herida goteaba sangre, como decía él, cuando se emborrachaba. Por lo mismo, nosotros, además de no nombrarla, teníamos que evitar decir o hacer cualquier cosa que le trajera el recuerdo de ella; si esto ocurría, el pobre terminaba encerrado en el dormitorio, llorando amargamente en silencio.

Como sucedió un día en que, después de ver una película española, y para representar a una bailarina de flamenco, no se me ocurrió nada mejor que ponerme uno de los vestidos que mamá había dejado en casa, uno a lunares rojos y con vuelitos que a ella le gustaba mucho, y que

no se llevó seguramente porque mi padre se lo había escondido.

Mi padre siempre se lo andaba escondiendo para que no se lo pusiera.

El vestido, que era perfecto para representar a la *bailaora*, con sólo un par de alfileres me quedó casi armado de talle. Como pasaba con la mayoría de las niñas pampinas, aunque recién iba a cumplir los once años, tenía un cuerpo demasiado desarrollado para mi edad.

Algunos hombres decían, con un brillo lúbrico en la mirada, que lo que hacía madurar antes de tiempo a las niñas pampinas era el salitre, no en vano elogiado en todas las latitudes como el mejor abono natural del mundo.

Esa noche, al verme con el vestido de mamá, mi padre se puso lívido, lanzó el vaso de vino contra la pared (el único vaso que quedaba en casa) y me mandó cuspeando a quitármelo.

La narración de la película se suspendió y él estuvo tres días amurrado en el dormitorio, bebiendo su vino en un jarro de porcelana.

No dejó ni que lo acostáramos en la cama.

Cada noche, entre un crujir de tuercas oxidadas, le estirábamos los huesos de las piernas para acostarlo, por la mañana se los doblábamos de nuevo para sentarlo en el sillón.

En el campamento, en tanto, la gente comenzó a hablar de mí. «Es la niña que cuenta películas», alcanzaba a oír a veces mientras hacía la cola del pan en la pulpería. O cuando pasaba por la calle del comercio a la salida del colegio. Pero mi popularidad prendió definitivamente la tarde en que al llegar del cine encontré que había más gente de lo normal esperándome en casa.

Aparte de los amigos de mis hermanos —que ya habían pasado de mirar por la ventana a entrar y sentarse en el suelo—, mi padre había invitado a dos de sus ex compañeros de trabajo, quienes llegaron a oírme acompañados de sus esposas y sus hijos. Mis hermanos tuvieron que ceder la banca y sentarse en el suelo con sus amigos.

Mientras tomaba mi taza de té y me preparaba a contar la película de pie contra la pared blanca, mi padre no se cansaba de repetir a sus

invitados que aunque la película fuera en blanco y negro, y a media pantalla, esta niña, compadres, parece que la contara en tecnicolor y cine-mascope.

«Ya lo van a ver ustedes mismos».

Contar la película con más público me pareció fascinante. Me sentía toda una artista. Creo que esa vez hice una de mis mejores narraciones. La película era una comedia musical, con la actuación de Marisol, la niña prodigio de España. Las visitas quedaron encandiladas. Y no sólo por mi forma de contar y de actuar, sino con la interpretación de las canciones.

Al final los aplausos me sonaron como música en los oídos.

Desde ese día se comenzó a hablar abiertamente sobre mi particular talento de contadora de películas, y cada noche más amigos de mi padre se hacían los invitados para venir a la casa a oírme.

A verme y oírme.

Una tarde, uno de los invitados dijo, como al desgaire, algo que a nosotros como familia jamás se nos habría ocurrido: que podríamos cobrar entrada. Que lo que yo hacía era un espectáculo artístico con todas sus letras.

«Y el arte, amigos míos, se paga».

De modo que esa noche, después de conversarlo un par de horas con mis hermanos mayores —a mí no me preguntaron nada—, mi padre encontró la solución perfecta: no se cobraría entrada, sino que se pediría una donación voluntaria.

«Es lo más sano», dijo. Pero antes tendríamos que reacondicionar la pieza del living.

Al día siguiente se pusieron manos a la obra. Mis hermanos se consiguieron una banca y una silla vieja, que repararon a clavo y martillo. Además, se puso un par de tarros de manteca volteados, un cajón de cerveza y todo lo que sirviera para sentarse. Incluso metimos la gran piedra

empotrada a la puerta de la casa, en donde mi padre antes del accidente se sentaba a tomarse su botellita de vino.

Y la cosa empezó a ir bien.

La «sala» se llenaba de niños y adultos, hombres y mujeres. Había quienes iban a ver la película al cine y luego se venían a la casa a oírla contar. Después salían diciendo que la película que yo había contado era mejor que la que habían visto.

Animada por mi popularidad, descuidando incluso las tareas escolares, dejé de leer historietas y me concentré nada más que en la revista *Ecran* (aprendí que ecran era la pantalla del cine). Junto con devorar cada ejemplar nuevo que llegaba a la biblioteca, me leí una ruma de números viejos que la bibliotecaria me trajo de la bodega. Especialmente me interesaban dos secciones: «Últimos estrenos» y «Chismografía hollywoodense». Quería saber absolutamente todo sobre las películas y las actrices que adornaban generalmente la portada de la revista.

Y es que yo me sentía como una de ellas.

Tanto así que hasta se me ocurrió buscarme un seudónimo. Yo era una artista y merecía un nombre de artista.

Uno que le viniera a lo que yo hacía, claro.

Por el *Ecran* había descubierto que la mayoría de los actores y actrices famosos tenían nombres ficticios, pues los suyos, los reales, eran tan feos como el mío. O más incluso. Como ejemplo de los ejemplos estaba Pola Negri, la gran diva del cine mudo. Su nombre siempre me había gustado mucho, lo encontraba perfecto para una actriz. Pero un mal día descubrí con horror que ese era su seudónimo, y que su verdadero nombre era Apolonia Chavulez. No podía ser verdad, me dije consternada. Con ese nombre la pobrecilla no hubiese tenido gracia ni para mover las pestañas.

Mi otro desencanto fue cuando supe que Anthony Quinn, uno de mis actores favoritos, se llamaba en verdad Antonio Quiñones.

¡Qué manera de perder glamour!

Alguien después me dijo que los seudónimos los usaban los artistas de todos los rubros. Que además de los poetas como Pablo Neruda (de

nombre Neftalí Reyes) y Gabriela Mistral (de nombre Lucila Godoy), hasta los cantantes los usaban. Sobre todo esos cantantes de «la nueva ola», como le llamaban, que comenzaban a oírse a cada rato en cada una de las radioemisoras del país.

Para muestra me dieron tres botones:

Un tipo que se llamaba Patricio Núñez se bautizó como Pat Henry; Pat Henry y sus Diablos Azules. Otro, un tal Javier Astudillo Zapata, pasó a llamarse Danny Chilean. Y una estudiante de liceo, Gladis Lucavecchi, se convirtió en una gran estrella de la canción y de las fotonovelas bajo el artístico nombre de Sussy Veccky.

De modo que, para no ser menos, comencé a buscar mi seudónimo artístico. Tras mucho pensar, inventar y componer nombres —algunos sacados de la revista *Ecran*, otros del santoral del calendario y hasta de una vieja Biblia que había en casa, única herencia de mi abuelo paterno—, ninguno me conformaba. Hasta que una tarde le oí decir a la vecina ilustrada de la corrida, hablando de mí con mi padre:

«Su hija es un hada contando películas, vecino, su varita mágica viene siendo la palabra. Con ella nos transporta a todos».

Entonces se me ocurrió. Se me *alumbró la azotea*, como decía mi hermano mayor.

Me llamaría Hada Delcine.

Hada Delcine.

Lo repetí varias veces y me pareció que sonaba bien; incluso dejaba un sabor como afrancesado en la boca.

Y lo mejor era que no tenía ninguna eme.

De modo que de la noche a la mañana, casi sin darnos cuenta, el living se convirtió en algo así como una pequeña sala de cine contado.

Distribuimos la pieza en dos partes, igual que en el cine de la Oficina. Atrás, junto al sillón de mi padre y la banca de mis hermanos, acomodamos todos los cachureos que sirvieran para sentarse, y esa era la platea. La galería pasó a ser la parte de adelante, en donde todos, especialmente los niños, se sentaban en el suelo. La ventana, que era el balcón, se suspendió.

Se cerró.

Se le puso una tranca.

Y no sólo para que nadie me viera y oyera sin dar su donación, sino porque algunos niños de la otra corrida —con los que mis hermanos se andaban agarrando a pedradas desde siempre— comenzaron a dejarse caer en las horas en que yo contaba las películas y se ponían a lanzar cosas por la ventana: chicles, escupos, globos con agua, zurullos secos.

Una vez arrojaron un pericote vivo.

En la puerta pusimos una pizarra en donde diariamente escribíamos el título de la película a contar, y la hora en que comenzaba la función. En la parte de abajo, con letra más chica, agregamos:

«No se admiten perros».

Mi padre era el encargado de recibir las donaciones. Sentado en su sillón con ruedas, se instalaba en la puerta con una caja de zapatos en las rodillas. Los donativos no pasaban más allá de cinco pesos, los adultos, y un peso los niños. En el cine la entrada costaba cincuenta.

Mi hermano mayor hacía de portero y los demás de acomodadores.

Para graficar lo bien que nos iba, basta decir que los niños sin un peso se turnaban en los agujeros de las calaminas para verme. Además, uno de los vendedores de embelecocos del cine, aprovechando el tiempo entre el término de la vespertina y el comienzo de la nocturna, que era la hora de mi función, se venía a parar afuera de la casa.

Vespernoche, le puso mi hermano Mirto a la hora de mi función.

Los días en que no podía ir al cine porque daban una «sólo para mayores de 21», no me hacía mayor problema. Como tenía una memoria que se podría llamar fílmica, repetía la película de más éxito durante la semana. Aquellos días, como los adultos se iban todos al cine, la casa se llenaba sólo de niños y de algunas viejecitas que llegaban hablando pestes contra «esas películas cochinas» que traía el empresario pelicularo.

Sin embargo, los mejores días para nosotros eran aquellos en que no había función en el cine de la Oficina. Esto ocurría de vez en cuando y por diferentes motivos:

Porque la película no llegaba.

Porque fallaba la proyectora.

Porque se enfermaba el Cojo Pelicularo.

Esto último significaba que el hombrecito se hallaba tan borracho que no lo podían llevar al cine ni siquiera en carretilla, como en una ocasión lo hicieron, según nos contaba mi padre.

Fue una vez que daban una película de Jorge Negrete. El cine estaba repleto y el operador no llegaba. Alguien dijo haberlo visto durmiendo la borrachera en una mesa de la fonda. Entonces, unos mocetones, coaligados con el concesionario del cine, lo fueron a buscar, lo cargaron en un carretón de mano y se lo llevaron por el medio de la calle principal. Una vez en el cine, lo subieron entre todos a la sala de proyección. Allí lo despertaron a cachetadas, le mojaron la cara y lo obligaron a dar la película.

Cuando el cine no abría sus puertas, yo escogía para contar una película mexicana, de esas con hartas canciones, que eran las que más le gustaban a la gente. En tales ocasiones, la casa se llenaba hasta no dejarme sino un estrecho espacio para moverme.

Esas funciones con harto público eran para mí las mejores. Mi padre comentaba que lo mío era una especie de pánico escénico al revés. Algo así como «éxtasis escénico», decía riendo. Y no dejaba de tener razón. Pues, mientras más gente me oía y veía, tanto mejor contaba la película.

¡Cómo gozaba esos aplausos del público al final de mis relatos!

Por entonces ya había comenzado a saludar como lo hacen las actrices en el teatro, que yo, por supuesto, sólo había visto en películas. Al terminar, mientras la gente rompía en aplausos,

yo entraba corriendo a la pieza contigua, esperaba un ratito, respiraba hondo y volvía a salir y a saludar con esa reverencia de medio cuerpo que tanto me gustaba hacer.

Había ocasiones en que la gente me hacía salir hasta tres veces.

Después de esas funciones los aplausos me quedaban resonando durante toda la noche, hasta no poder conciliar el sueño. En mis desvelos pensaba en mi madre y, debajo de las frazadas, lloraba en silencio. Cuando ella nos abandonó, igual que mi hermano comenzó a tartamudear, yo me llené de piojos blancos. Las vecinas decían que esa clase de piojos salían con la pena. Y como la pena era por mi madre, comencé a comerme los piojos de puro amor hacia ella.

Así la quería.

Así la echaba de menos.

¡Qué orgullosa se sentiría ahora, me decía, si viera cómo la gente me oye y me aplaude!

¿La aplaudirán a ella igual que a mí, después de sus bailes? ¿Habría cambiado su nombre por otro más artístico? ¿Seguiría usando esos pañuelos de seda tan bonitos? Sofocándome debajo de las tapas, me la imaginaba bailando semidesnu-

da, en un escenario adornado de luces de colores que se prendían y apagaban. Por esos días, a través de unas mujeres que hablaban en la cola del pan, me había enterado de que mi madre se había ido de bailarina en una revista de variedades.

Decían que «la cabeza hueca de la Magnolia» había sido engatusada por el director de una compañía de picaresque que pasó por la Oficina, y se la llevó a la capital con la promesa de convertirla en vedette. Lo que no entendí bien fue algo que dijo una de ellas, haciéndole un guiño a las demás: que habían quedado varios viudos llorando su huida, pero que el más apenado de todos era el señor administrador.

Mi madre tenía veintiséis años cuando se fue. Y pese a haber tenido cinco hijos, en cinco años seguidos (el primero lo tuvo a los catorce) conservaba una figura envidiable. De eso me acuerdo perfectamente porque varias veces, cuando estábamos las dos solas en casa, la vi bailar en ropa interior frente al espejo.

Sin embargo, su rostro se me iba desdibujando, se me iba borrando como el de una actriz que ha dejado de hacer cine por mucho tiempo. Lo otro que me ocurría era que, de tanto ver y contar películas, muchas veces las barajaba con la realidad. Me costaba recordar si tal cosa la había vivido o la había visto proyectada en la pantalla. O si la había soñado. Porque sucedía que

hasta mis propios sueños los confundía después con escenas de películas.

Lo mismo ocurría con los recuerdos más lindos de mi madre. Las imágenes de los pocos ratos felices vividos junto a ella se iban desvaneciendo en mi memoria, inapelablemente, como escenas de una película vieja.

Una película en blanco y negro.

Y muda.

Alguna vez leí una frase —seguramente de un autor famoso— que decía algo así como que la vida está hecha de la misma materia de los sueños. Yo digo que la vida perfectamente puede estar hecha de la misma materia de las películas.

Contar una película es como contar un sueño.

Contar una vida es como contar un sueño o una película.

Mientras tanto, mi fama crecía cada vez más. Tanto así que de pronto comenzaron a llamarme para que contara películas a domicilio. Sobre todo los empleados y los comerciantes, que era la gente más pudiente de la Oficina. Entonces, como el dinero que se juntaba en mis funciones estaba alcanzando para darnos pequeños lujos, como comprar bebidas para el almuerzo y mandarme al cine prácticamente todos los días —no obstante que lo que se llevaba casi todas las ganancias eran las botellas de vino de mi padre, que aumentaron visiblemente en cantidad y calidad—, no sé a quién se le ocurrió la idea de mandar a imprimir tarjetas de presentación.

Con ribetes dorados y una letra llena de ringo-rangos:

Hada Delcine
contadora de películas

Ahí fue que comenzó mi desgracia.

La primera persona que me contrató fue doña Mercedes Morales, la costurera que vivía frente a la plaza, una de las mujeres más buenas que he conocido en mi vida. La señora Mercedes me mandó a buscar para que le contara *La violetera*, película interpretada por Sarita Montiel y Raf Vallote, que sólo una semana antes se había dado en el cine. Ella no había podido verla porque había bajado al puerto a comprar géneros y botones.

Yo la recordaba perfectamente. Y la canción que daba título a la cinta me la sabía de memoria, pues siempre la tocaban en la radio. Además, la tarde que la canté en la casa había recibido uno de los aplausos más largos de mi naciente carrera.

De modo que ese día, después de almuerzo, partí al domicilio de la costurera. Mi hermano Mirto, obligado por mi padre, me ayudó a llevar el cajón de té con toda mi utilería española.

La mujer quedó encantada y fue muy generosa. Además de regalarme una blusa de tafetán, de color morado y con vuelitos, me pagó más de lo que juntábamos en dos días de donaciones en la casa.

De ahí en adelante comenzaron a llamarme tupido de otros hogares.

Casi siempre era para contarles películas a ancianas o ancianos enfermos, que no podían ir al cine. El problema era que algunos me pedían películas muy antiguas, o que yo no había visto. Con las antiguas no había problemas, partiendo de lo poco que me acordaba y con lo mucho que ponía de mi cosecha, podía perfectamente salir del paso. Sólo una vez me atreví a contar una que no había visto. Fue cuando me llamó doña Filiberta, la dueña de la única pastillería de la Oficina.

La anciana, un tanto loca según la gente, estaba por morir y quería que le contara un viejo film (dijo *film*) de Libertad Lamarque. La película se llamaba *Besos brujos*, y doña Filiberta, poniendo los ojos en blanco, dijo que le traía recuerdos de un amor inolvidable. Me contó que la escena que más recordaba era cuando Lamarque, bañándose en un bello lago de aguas azules (aunque las películas en esos tiempos eran en blanco y negro, ella dijo *aguas azules*), cantaba una canción preciosa que se llamaba *Como el pajarito*.

—¿La viste, niñita? —me preguntó.

Yo le mentí, le dije que sí, pero que no me acordaba mucho. Que cuando la vi era muy chica. Pero si ella me refrescaba un poco la memoria... La anciana, además de hacerme una larga sinopsis, con variados detalles de trajes y paisajes, me cantó entera la canción del pajarito. Con todo eso armé rápidamente una historia y estuve contándole la película hasta que se quedó dormida.

Doña Filiberta, que ya tenía noventa y dos años de edad, y que había enviudado tres veces, murió dos días después de haber estado yo en su casa. Sus familiares, luego del funeral, contaban como anécdota que la abuela Fili, como le decían, había dicho que la película que la niñita le contó «no andaba ni por las tapas» de la que ella había visto, pero que de todas maneras le había gustado mucho. Incluso más que la otra.

«La otra apenas duraba una hora y cuarto», dijo sonriendo. «Y esta niñita me contó una de casi dos horas».

Decían los deudos que había muerto feliz.

Los pedidos de películas a domicilio los cumplía a la hora de la siesta, pues en las mañanas asistía a la escuela y por la tarde me tocaba ir al cine. Mis hermanos, entre reclamos y pataletas, a instancias de mi padre se turnaban para ayudarme en el traslado del cajón de té. Me dejaban en la vivienda de donde me habían llamado y se iban a jugar. Quedaban de pasar a buscarme en una hora; una hora era el término medio que ocupaba en contar mis películas. Pero siempre se quedaban jugando y yo tenía que arreglármelas sola. Algo así ocurrió el día nublado en que le fui a contar una de vaqueros al prestamista de la Oficina.

Nuestra Oficina era una de las más pobres del cantón. La gente no tenía qué ver ni qué hacer en las largas tardes pampinas. No había filarmónica donde ir a bailar, no contábamos con banda de música que tocara retretas los fines de semana en el quiosco de la plaza. Ni siquiera teníamos día de tren, que en las otras oficinas donde había estación ferroviaria era toda una fiesta.

Sólo nos quedaba el cinematógrafo.

Pero el sueldo no siempre alcanzaba para pagar un boleto. Todo el mundo vivía de fiado, y para conseguir algo de dinero antes de los días pago, la mayoría acudía a empeñar la tarjeta donde el prestamista.

Don Nolasco se llamaba el prestamista.

Era un hombre largo, todo lleno de huesos, huraño como un perro de desierto. A la larga había llegado a convertirse en el hombre más odiado de la Oficina. No sólo por usurero, sino

porque además trabajaba de vigilante en el único pasaje de solteros del campamento. Allí debía cuidar que los hombres no entraran licor ni mujeres a sus camarotes. Y en eso don Nolasco era tan estricto como para cobrar sus préstamos.

Nada se le pasaba a sus ojos de búho.

Los jueves, día de supe, era común ver a las esposas de obreros rogándole que, por favor, se pagara de la mitad ahora, don Nolasco, y el resto lo dejamos para la otra semana, ¿qué le parece? Mire que tengo que comprarle leche a la guagua.

Pero no había caso, el hombre era duro e insensible como un costrón de caliche.

Yo un par de veces acompañé a mi mamá a empeñar la tarjeta de mi padre y vi la cara inexpresiva del hombre.

De verdad, parecía hecho de puro hueso.

Nadie nunca lo había visto sonreír.

El hombre vivía en una casa oscura y silenciosa, en la última calle de la Oficina, por el lado poniente. Era domingo cuando fui a contarle la película.

Y estaba nublado.

Las calles, como siempre a la hora de la siesta, se veían solitarias. Más aún ese día que en la cancha de fútbol, en las afueras del campamento, se jugaban las finales del campeonato local. El fútbol era lo otro que salvaba a la gente del árido hastío de la pampa.

Cuando llegamos a su casa con mi hermano Manuel (que mi padre hizo venir de la cancha para que me ayudara), el prestamista salió a la puerta, me miró fijo y preguntó para qué era el cajón. Cuando le expliqué, dijo lacónico:

«Sin disfraces».

Manuel, contentísimo, se devolvió de inmediato con el cajón a la casa y, de ahí, a toda carrera, a la cancha. Yo al principio pensé que el ca-

ballero quería imaginarse los personajes a su antojo. Algo que me pareció bien. Pero luego intuí un dejo de malicia en su actitud. Sin embargo, no hice caso de la corazonada. Pensé que debía ser la influencia de ver tantas películas.

El prestamista vivía solo. La cortina de la ventana estaba cerrada y la casa se veía penumbrosa. Me llamó la atención lo atiborrado de la pieza del living, tantos muebles antiguos y baúles polvorientos. Mi casa tal vez no tenía muebles, pero era mucho más luminosa que aquella.

Los anaqueles estaban repletos de artefactos que la gente iba a empeñar: radios, máquinas fotográficas, juegos de loza, cortes de casimir inglés. Imaginé dentro de los baúles cientos de relojes y anillos de oro. En la esquina de un aparador, atado con elásticos de billetes, se veía el fajo de tarjetas de suple empeñadas por la gente. Todo el campamento sabía que el prestamista era tan receloso que llevaba las tarjetas con él a todos lados, incluso a la garita donde trabajaba, esto por si a algún obrero le caía plata del cielo y quería retirar la suya. El hombre recibía plata las veinticuatro horas del día.

Don Nolasco se sentó en un sofá. Yo, de pie frente a él, comencé a contar la película. Me había pedido una de John Wayne, una que habían pasado en el cine hacía poco. Por primera vez sentía que me temblaban las piernas. Por primera vez no

hallaba las palabras para comenzar mi relato. Me repelí por haber dejado ir a mi hermano.

Sentía miedo.

El hombre era como el malo del pueblo.

Cuando recién comenzaba la narración me interrumpió toscamente para decirme que él no oía bien con un oído, que me acercara más. Después me dijo que mejor le contara la película sentada en sus piernas.

Lo dijo en un tono cortante que no me atreví a desobedecer.

Sentada en los huesos de sus rodillas, comencé de nuevo. El hombre me veía de manera rara. Me di cuenta entonces de que la película le interesaba un comino. Pero ya era tarde. En esos momentos el prestamista me comenzó a hacer lo que me hizo. El miedo volvió mi cuerpo de gelatina y no atiné a nada. El hombre hizo lo que quiso conmigo, sobre todo de la cintura para abajo.

Aunque yo algo había hecho con algunos amigos de mis hermanos, por los tiempos en que los acompañaba a las calicheras viejas, eso no había sido más que juegos de niños. Ahora sentí que me habían desgarrado por dentro.

Salí de allí como alunada.

Mientras caminaba de vuelta a casa, como pisando sobre esponjas, fui dejando caer una a una el puñado de monedas que el hombre me puso a

la fuerza en las manos antes de dejarme ir. Una infinita sensación de vergüenza embarazaba mi espíritu. Me sentía impura hasta para recibir el aire que respiraba.

Al doblar la esquina de mi corrida divisé a mi padre en la puerta y traté de disimular lo mejor que pude. No quería verlo sufrir más de lo que ya sufría. Mi pobre viejo dormitaba con la cabeza abatida sobre el pecho. Mis hermanos lo habían dejado allí, acompañado de su botella de vino. Me quedé mirándolo un rato hundido en su sillón de ruedas —inservible de la cintura para abajo—. Entonces, de súbito, y de una oscura manera, comprendí la razón de fondo de por qué mi madre lo había abandonado.

Recordé, además, que cuando ella se fue el cielo estaba nublado.

Por la tarde fui al cine como siempre. Luego, en la casa, conté la película rápidamente y sin ningún entusiasmo. Dije que me dolía la cabeza. Menos mal que había casi puros niños y los reclamos fueron pocos. Después llevé a mi hermano mayor para el patio y, sentados en un durmiente, le conté lo sucedido.

Para mi propia sorpresa se lo conté sin llorar. Estaba embargada de una rara serenidad que me mantenía como en el aire. Él me oyó todo el rato en silencio.

No pronunció una sola palabra.

Casi ni pestañeó.

Al final —presa de un vago sentimiento de culpa— me quedé con la sensación de que no debí habérselo contado.

Dos semanas después, una mañana de jueves, día de supe, hallaron muerto al prestamista en su garita de vigilancia. Estaba tirado en el piso de tablas baldeadas con petróleo, con todas las tarjetas de supe esparcidas sobre su cadáver. Lo habían matado a golpes con el mango de una pala.

Los cuatro carabineros que conformaban la dotación del retén —todos gordos y fofos de inactividad—, por fin tuvieron algo en que entretenerse. Aparte de envenenar perros y recorrer las calles displicentemente, con las manos enlazadas a la espalda, el único trabajo policial que hacían era llevarse detenidos cada fin de semana a un par de borrachitos para que barrieran el retén y les limpiaran el culo a los caballos.

Los primeros sospechosos fueron los dueños de las tarjetas empeñadas. Los carabineros interrogaron a cada una de ellos, en especial a los maridos de un par de mujeres que para recupe-

rar las tarjetas —todo el mundo en el campamento lo sabía— se iban a meter por las noches a la casa del prestamista.

Pero todos salieron libres de polvo y paja.

Como el muerto no tenía familiares conocidos, pasado un breve tiempo los habitantes de la Oficina se olvidaron del asunto, y a nadie le importó que su asesinato se quedara sin esclarecer. Por el contrario, eran muchos los que no podían disimular su cara de contento, pues con su muerte la deuda de cada uno de ellos quedaba anulada. Se decía que hasta los carabineros andaban con una risa de oreja a oreja. También a ellos don Nolasco los tenía acogotados con préstamos.

Además, por esos mismos días se anunció en el cine la película *Los diez mandamientos*.

Todo el mundo no hablaba sino de eso.

El tiempo transcurrió lento y despacioso, como debe de transcurrir, creo yo, en todos los desiertos del mundo. Yo estaba por cumplir trece años, usaba minifalda (recién inventada por Mary Queen) y seguía contando mis películas.

Cada vez tenía más público.

Había niños a los que sus padres les daban dinero para el cine y ellos preferían ir a mi casa, dar una donación mínima y gastarse el resto en embelecocos. Y muchos adultos analfabetos, cuando la película «era con letras», optaban por oírla contada por mí antes que ir al cine y no entender nada. Y descubrí también que había gente que venía a oírme no porque no pudiera pagarse la entrada al cine, sino porque lo que realmente le gustaba era que le contaran las películas.

Algunos decían que yo era tan buena para caracterizar personajes, que, con sólo pestañear, podía pasar de la expresión de candor de Blancanieves a la fiereza del león de la Metro Goldwyn

Mayer. Y que oírme era como oír esos radioteatros que transmitían día a día desde la capital, pues, además de imitar voces y poner caras, sabía mantener en suspenso a la audiencia.

Por ese tiempo descubrí que a toda la gente le gusta que le cuenten historias. Quieren salirse por un momento de la realidad y vivir esos mundos de ficción de las películas, de los radioteatros, de las novelas. Incluso les gusta que les cuenten mentiras, si esas mentiras están bien contadas. De ahí el éxito de los estafadores hábiles en el habla.

Sin pensarlo siquiera, yo había llegado a convertirme para ellos en una hacedora de ilusiones. En una especie de hada, como decía la vecina. Mis narraciones de películas los sacaban de esa nada agria que era el desierto y, aunque fuera por un rato, los transportaba a mundos maravillosos, llenos de amores, sueños y aventuras. A diferencia de verlos proyectados en una pantalla de cine, en mis narraciones cada uno podía imaginar esos mundos a su antojo.

Alguna vez leí por ahí, o vi en una película, que cuando los judíos eran trasladados por los alemanes en esos cerrados vagones de ganado —con sólo una ranura en la parte alta para que les entrara un poco de aire—, mientras iban cruzando las campiñas olorosas a hierba húmeda, elegían al mejor narrador entre ellos y, hacién-

dolo trepar sobre sus hombros, lo subían hasta la ranura para que les fuera describiendo el paisaje y contándoles lo que veía al paso del tren.

Yo ahora soy una convencida de que entre ellos debió haber muchos que preferían imaginar esas maravillas contadas por su compañero, a tener el privilegio de mirar ellos mismos por la ranura.

Meses después murió mi padre.

Expiró una tarde en la casa, sentado en su sillón de ruedas, mientras yo contaba una película mexicana. Creo que fue justo en los instantes en que me oía interpretar *Ella*, el tema más hermoso de José Alfredo Jiménez.

Yo no podía saber que esa canción le traía el recuerdo de la traición de mi madre.

*Me cansé de rogarle,
me cansé de decirle
que yo sin ella
de pena muero.*

*Ya no quiso escucharme,
si sus labios se abrieron
fue pa' decirme: «Ya no te quiero»*

Se quedó ahí, bien sentadito en su sillón, con su manta boliviana cubriendo sus piernas inútiles; se quedó con los ojos abiertos, aferrado a su

tazón de vino rojo. Sólo nos dimos cuenta de su muerte al final de mi narración, cuando no rompió en aplausos como era su costumbre.

El practicante de la Oficina habló de un infarto.

Además del dolor de quedarnos solos en el mundo, estaba el problema de la casa: mis hermanos y yo nos íbamos a quedar sin tener donde vivir. Después del accidente, la compañía le había dejado seguir usando la vivienda a mi padre sólo por su impecable hoja de vida laboral. En todos sus años de trabajo jamás se ausentó, ni siquiera por enfermedad. Trabajaba de lunes a domingo, incluyendo los días festivos, sin excluir Navidad ni Año Nuevo, y hasta dos turnos seguidos si era necesario (esa era una de las cosas que le reprochaba mi madre). Pero ahora que él no estaba y no había ninguna persona mayor que respondiera por la familia, lo normal era que tuviéramos que entregar la casa. Por suerte, a Mariano, que le faltaban sólo algunos meses para cumplir los dieciocho años, le dieron un trabajo de mensajero. De ese modo la compañía nos dejó seguir habitando en ella.

Mucha gente dijo que había sido por lástima del señor administrador. Pero yo, con mis trece años ya cumplidos —con un cuerpo que representaba no menos de dieciséis—, me daba cuenta de que no había sido por lástima.

Lo supe por cómo el gringo no dejó de mirarme en el cementerio el día del funeral de mi padre.

De modo que seguimos viviendo en la Oficina y ocupando la misma vivienda, asignada ahora a mi hermano mayor. Ese año yo salí de la escuela —con mi sexto año de preparatoria cumplido— y pasé a ser la dueña de casa. Además de hacer las camas y lavar los platos, tuve que aprender a cocinar y a lavar la ropa.

Por las tardes seguía contando películas.

Casi al cumplir los catorce, la misma edad en que mi madre tuvo a su primer hijo, me hice amante del señor administrador. Pero durante el tiempo transcurrido entre la muerte de mi padre y la llegada de mis catorce años, ocurrió una serie de sucesos en mi vida, un rosario de circunstancias nefastas que me fueron llevando irremediamente a los brazos del gringo. Un gringo viejo y colorado, de «asinatrados» ojos azules, que hacía rato me andaba «tallando el naípe», como decía mi padre de los hombres que él creía andaban detrás de mi mamá.

Lo de «asinatrados ojos azules», ya lo saben, es por Frank Sinatra, otro de mis actores favoritos.

Lo primero que ocurrió después de la muerte de mi padre fue la tragedia de mi hermanito Marcelino. Una noche, mientras jugaba a las escondidas en el callejón, fue atropellado por las ruedas traseras del camión de la basura. Murió en el acto.

¡Cómo lloré aferrada a su cabecita de libro!

Tiempo después, mi hermano Mirto, que nunca había pololeado, se engolosinó con una viuda joven que andaba de visita en la Oficina, una viuda negra que le sorbió el seso de tal manera que no dudó en irse con ella a la ciudad de Coyhaique. ¡Más de cuatro mil kilómetros al sur del país!

Se fue sin avisarle a nadie.

Él tenía dieciséis años, la viuda veintiocho.

Después, un club de fútbol profesional que andaba de gira por el norte, hizo un partido de exhibición con un equipo de la Oficina. Cuando vieron jugar a mi hermano Manuel se encandilaron de tal manera con sus fintas y cachañas,

que se lo llevaron a la capital para entrenarlo en las divisiones inferiores.

Por lo menos él se despidió.

Sin embargo, lo verdaderamente triste —tan triste como la muerte de Marcelino— fue lo que ocurrió con Mariano, mi hermano mayor. Como ya trabajaba en la Compañía y ganaba un sueldo de hombre grande, se puso bueno para el trago. Del trabajo se pasaba a beber con sus amigos. Una noche, borracho como tagua, se le ocurrió contar en el mesón de la fonda, y a toda boca, que él había matado al cabrón del prestamista. Dos días después lo vinieron a buscar los detectives del puerto y se lo llevaron detenido.

Nunca dijo que le había dado muerte para vengar la cochinidad que el hombre me había hecho. Sólo se limitó a decir que fue por robarle dinero, y que halló puras migas de pan en los bolsillos del usurero cabrón.

Para rematar el cuadro, por esos mismos días llegó el primer aparato de televisión a la Oficina, artefacto que, según auguraban todos, acabaría de una vez y para siempre con el cine. La detención de Mariano y la llegada de la televisión, cuestiones que ocurrieron casi al unísono, fue lo que definió mi destino.

Con la ausencia de mi hermano me quedaba sin casa, con el asunto de la televisión corría el peligro de quedarme sin oficio.

El día que llegó el primer aparato de televisión a la Oficina fue un verdadero espectáculo.

Don Primitivo, el dueño de la pastelería, había propagado a los cuatro vientos que viajaba al puerto a traer «un radio con monos». Incluso ya se había mandado a hacer una antena de cobre de seis metros de alto. Así las cosas, la tarde que desembarcó de la góndola con una enorme caja de cartón como único equipaje, estaba la mitad del campamento esperándolo.

El más corpulento de los jóvenes se echó al hombro la caja que decía *Westinghouse* y echó a andar rodeado por el gentío. Mientras una manga de niños saltaba a su alrededor tratando de tocarla, los más viejos, excitados por la emoción, le decían que se fuera despacito por las piedras el muchacho, que esos bicharracos eran delicados. Como si de verdad se hubiese tratado de la imagen de la Virgen de la Tirana, el aparato llegó a la pastelería seguido de una verdadera procesión de fieles.

Eso a mí me lo contaron después. A esas horas yo estaba viendo una de cowboys, con Gary Cooper. Cuando llegué a casa no había nadie esperando. Me hice una taza de té y me la tomé tratando de no pensar en nada más que en la película recién vista.

Esperé un rato sentada en la mesa.

Luego, me ceñí el cinturón con las pistolas de palo y el sombrero de ala ancha, y frente al espejo me puse a practicar la «mirada de acero» de Gary Cooper. Ejercité un rato el «saque»: desenfundaba las pistolas lo más rápido posible, disparaba, las hacía girar en el índice y las volvía a enfundar.

Hacía poco había aprendido que los cowboys engrasaban la cartuchera y pulían el punto de mira para sacar más rápido. Mis pistolas no tenían punto de mira, de modo que sólo me quedaba engrasar las cartucheras. Mañana mismo conseguiría un trozo de grasa en la pulpería.

Después me paré en la puerta.

Pero no llegó nadie.

Alguien que pasó corriendo me gritó desde la otra vereda que toda la gente estaba donde don Primitivo, viendo la novedad de la televisión.

Cerré la casa y me fui a ver qué tanta bulla.

En la pastelería, con el catálogo en las manos, ayudado por el electricista del campamento, estaba don Primitivo afanado en hacer funcionar el armatoste. Lo había instalado en una de las repisas detrás del mostrador, entre los frascos de caramelos y el soporte de los cigarrillos. El boliche estaba lleno como nunca. Hasta la pareja de carabineros, que hacía su primera ronda nocturna, se había quedado en el local a ver la novedad.

Mientras el electricista verificaba enchufes y conexiones, don Primitivo, escudriñando el catálogo como si se tratara del mapa de un tesoro pirata, hacía girar perillas y apretaba botones como malo de la cabeza. En tanto, en el techo dos hombres dirigían la antena según la gente abajo iba gritando a coro:

«¡Más allá!».

«¡Un poquito más acá!».

«¡Más acá!».

«¡Un poquito más allá!».

Todo el mundo permanecía con la vista clavada en la pantalla esperando ver en cualquier momento algo así como una aparición celestial. Sin embargo, con un insufrible chicharreo, lo que se veía eran puras rayas o puntitos en ebullición, algo parecido a la plaga de langostas que yo había visto en una película.

Pasado un rato, en la pantalla comenzaron a verse las primeras imágenes de lo que parecía ser una película de guerra. Las figuras se veían borrosas, como de personas moviéndose bajo el agua. Pero no se oía absolutamente nada, sólo la fritanga de sopaipillas —que eso parecía el chicharreo— y, de vez en cuando, intermitentemente, algunos retazos de frases que entusiasmaban a la concurrencia.

En los fugaces momentos en que imagen y sonido confluían, la gente armaba una escandalera tremenda gritando a los hombres de la antena:

«¡Ahí sí!».

Pero luego volvía el chicharreo y la plaga de langostas.

Yo miraba a las personas apelotonadas frente al aparato —muchas de ellas asiduas a mis narraciones— y veía cómo les brillaban los ojitos en esos segundos en que coincidían imagen y sonido. Les brillaban igual que cuando en mi casa, luciendo la máscara del Zorro, yo hacía una cabriola con la espada y de tres certeros tajos dejaba la Z claramente dibujada en el aire.

Salí de la pastelería con sensaciones encontradas. Por una parte, intuía que era verdad lo que se decía: que si la televisión lograba propagarse iba a matar indefectiblemente al cine. Pero sentía también una pequeña esperanza para mi oficio, pues luego de ver de qué se trataba el asunto, me dije convencida que nadie iba a preferir mirar esas imágenes fantasmales —y en esa caja tan fría— en vez de oír como yo contaba las películas.

Aunque me daba perfecta cuenta de que el aparatito ejercía una fascinación irresistible sobre quien lo miraba, también supe que una vez pasada la novedad, iban a despertar, se iban a sacudir el hechizo igual como los perritos se sacuden el agua, e iban a volver de nuevo al cine y al living de mi casa.

Yo volvería a contar mis películas.

La tele —como ya le llamaban algunos tuteándola— era algo así como un chicle nuevo:

una vez masticada lo suficiente, ya no le sentirían gusto a nada y la escupirían sin remedio.

Ya lo iban a ver.

Cuando llegó la televisión, hacía una semana que se habían llevado preso a mi hermano. Una mañana de lunes, cuando ya comenzaba a preguntarme por qué nadie de la compañía venía a comunicarme que debía entregar la casa, apareció la roja cara del señor administrador enmarcada en la ventana.

Aunque en la pampa chorrea sol casi todos los días del año, aquella era una de esas raras mañanas nubladas. Para entonces yo ya tenía claro que las cosas malas me sucedían en días nublados. Si era cierto aquello de que «las arañas sólo tejen en días nublados», como decía mi padre que repetía siempre su abuela, mi mala suerte vendría a ser una especie de araña de las más laboriosas.

Cuando el gringo se asomó por la ventana y llamó con su cómico acento extranjero, yo tenía puesto el vestido de mi madre, el de lunares rojos con vuelitos que papá tanto odiaba y que a mí ya me quedaba perfecto.

Lo hice pasar.

Entró mirándome igual como me había mirado en el cementerio. Con ese mismo brillo que vi en los ojos del prestamista cuando yo, la muy babieca, le contaba la película sentada en sus rodillas. Pero el señor administrador era mejor parecido que el viejo roñoso del prestamista. Y tenía los ojos azules. La gente decía que era un gringo simpático.

Usaba sombrero panamá.

Fumaba en pipa.

Hablaba un español que causaba risa.

También se decía que era casado cuando llegó por estos pagos, pero que su mujer prefirió volverse a su país cuando vio el insufrible paisaje del desierto de Atacama. «Aquí las mujeres se convierten en estatuas de sal», dicen que dijo.

El señor administrador me preguntó si sabía que tenía que entregar la casa.

Le dije que sí.

Me preguntó si tenía dónde irme.

Le dije que no.

Me preguntó si me quería quedar.

Le dije que sí.

Me preguntó si sabía hacer otra cosa que contar películas.

Le dije que no.

Entonces me quedó mirando. Expertamente. Como se miraría a un caballo de carrera. Luego,

le dio una pensativa chupada a su pipa y comenzó a pasearse recortado contra la pared blanca donde yo contaba mis películas. Me puse a observarlo en silencio. Cuando se detuvo y, mesándose la barbilla, volvió a mirarme, recordé —por su gesto de mesarse la barbilla— haberlo visto una vez en casa hablando con mi madre. Eso fue por el tiempo en que mi padre aún trabajaba.

«Veremos qué se puede hacer por ti, muchacha», dijo al final.

El asunto fue que terminé trabajando de empaquetadora en la pulpería y por las noches durmiendo en los brazos del señor administrador. Aunque no estábamos en el campo, y aquí no se estilaba, yo tenía catorce años y el gringo cincuenta y uno.

La televisión se fue apoderando del campamento como una epidemia desconocida y altamente contagiosa. Y al parecer, sin antídoto conocido.

Después de la pastelería de don Primitivo, fue en el Club de Empleados donde instalaron un nuevo aparato. Después en el Sindicato de Obreros. Después en la pastillería de la finadita doña Filiberta. Después la gente empezó a encallarse y a comprar su propio aparato. Antes de un año todos tenían uno en su casa. Los obreros, de 14 pulgadas; los empleados y jefatura, de 23. Los techos de las corridas de casas se convirtieron en bosques de antenas y una jerga de palabras nuevas comenzó a oírse por todos lados: *audio, señal, selector, canal, set*.

La televisión había llegado para quedarse.

Por primera vez en el cine se comenzó a ver filas enteras de asientos vacíos. De igual forma, la gente dejó de ir a sentarse a la plaza. Hasta las

calles comenzaron a verse más desiertas de lo que siempre se veían, sobre todo a la hora que en la tele se daba *Barnabás Collins*, una empalagosa serial de vampiros.

En cuanto a mí, sólo de vez en cuando alguna anciana enferma —y sin televisor— me mandaba a buscar para que le contara una película antigua. O me invitaban a cantar en el Sindicato de Obreros como número de relleno en alguna velada artística.

En esas ocasiones, aunque los aplausos ya no eran los mismos, yo volvía a ser feliz.

Fue por ese tiempo que ocurrieron algunas cosas que cambiaron el mundo. Aparecieron los hippies. El hombre llegó a la Luna (lo mostraron por televisión). Salvador Allende llegó al poder. Una vez pasó el comandante Fidel Castro por la calle principal del campamento (sólo alcanzamos a verle la barba flotando tras los vidrios de una camioneta).

En el sur, en su pueblo natal, se suicidó mi madre. Se colgó de una higuera. Dijeron que había sido con uno de sus pañuelos de seda, esos que tanto adoraba.

Yo me enteré dos meses después.

Entretanto se produjo el golpe de Estado del general Pinochet. Con el golpe desaparecieron muchas cosas. Desapareció gente. Desapareció el tren. Desapareció la confianza.

Desapareció el señor administrador.

Pusieron un militar a ocupar su puesto. Yo volví a quedar sola. Él se fue sin despedirse. De-

cían que se había vuelto a su país (otros murmuraban que lo habían fusilado). Al final le había tomado cariño al gringo. Aunque a veces se emborrachaba y me golpeaba, no era mala persona.

Hasta me regaló un televisor.

En el fondo era un solitario y un sentimental. Sufría mucho por su esterilidad. De alguna forma era como mi padre: inútil de la cintura para abajo.

Después, ya se sabe, vino el cierre de la Oficina. Se fue toda la gente.

Se iban llorando.

Yo me quedé. Me quedé sola. No tenía adónde irme ni con quién irme.

De mí hermano Mirto, que se escapó con la viuda, nunca más supe. Lo mismo que de Manuel, el futbolista; jamás se le oyó nombrar en algunos de los clubes de la capital. Alguien me dijo una vez que lo vieron borracho en un burdel de Valparaíso.

Y Mariano aún está en la cárcel. Cuando estaba por cumplir la condena por la muerte del prestamista, tuvo un altercado con otro reo y lo mató. Él quedó herido. Lo condenaron a otros tantos años. Sólo un par de veces pude ir a visitarlo.

Me pidió que no fuera más.

Que le hacía mal.

A mí también me hacía mal. En sus gestos veía el gesto de los malos de las películas (habla-

ba escupiendo por el colmillo). Además, después de matar al prestamista había dejado de tartamudear. Y eso a mí me causaba una especie de pavor inexplicable.

Mi última visita fue cuando le llevé la noticia de la muerte de nuestra madre.

Creo que soy la única mujer que vive sola en un pueblo fantasma. Aquí las oficio de guía. Ofrezco folletos que hablan sobre la historia del salitre, ofrezco fotos antiguas, revistas *Ecran*, muñecas de trapo, camioncitos de lata, cosas que encuentro en mis recorridos por las casas abandonadas.

Alguna gente que viene a ver los restos de esta salitrera me pregunta, atónita, que cómo pudimos vivir en estos peladeros.

El paisaje se les antoja poco menos que una provincia del infierno.

Yo les respondo orgullosa que para nosotros era el Paraíso. Les cuento la vida que llevábamos en el campamento. Aquí nadie se moría de hambre. Nos ayudábamos unos a otros. Por las noches podíamos dormir con la puerta abierta y no pasaba nada. Los visitantes me escuchan incrédulos. Algunos como con lástima. No faltan los que me tratan de nostálgica. De romántica. De folletinesca.

Muchos me creen loca.

A mí no me importa. Al contrario, cuando estoy más inspirada los traigo a esta casa —o lo que queda de ella—, que es la casa donde viví toda la vida. Aquí les cuento la historia de la niña contadora de películas. Me escuchan asombrados. Sobre todo los jóvenes; en el mundo tecnológico de ahora, una contadora de películas se les hace increíble.

Al atardecer, cuando se retiran en sus vehículos a sus ciudades, vuelvo a ser lo que soy: el fantasma de un pueblo abandonado.

¿O acaso una estatua de sal?

Me subo entonces a la torre de la iglesia a contemplar el horizonte. Cada crepúsculo es como la panorámica final de una vieja película, una película en technicolor y cinemascope —el ruido del viento batiendo las calaminas es la banda sonora—. Una película repetida día tras día. A veces triste, a veces menos triste.

Pero su final siempre es el mismo:

Al fondo de ese gran telón atardecido veo alejarse a mi padre en su sillón de ruedas, veo alejarse a mis hermanos, uno a uno, a mi madre con sus pañuelos de seda al viento. Los veo irse como se fueron los habitantes de la Oficina, los veo disiparse en el horizonte como un espejismo, mientras la música se va apagando poco a poco y por sobre sus siluetas emerge, rotunda, fatal, la palabra que nadie en la vida quiere leer:



Aunque ya saben el final de la historia, hay algo sobre mi madre que no he contado. Que me entristece contar.

Hoy, sin embargo, lo haré.

Piensen —como ocurría a veces en el cine de la Oficina— que el pelicularo confundió los tambores y el medio de la película le quedó para el final.

Un día de invierno, por el tiempo en que yo era la amante oficial del señor administrador, llegó un circo al campamento. Un circo pobre, con la carpa toda remendada. Entre los números venía una bailarina. Alguien vino a decirme que era mi madre. Yo no quise ir a verla. No por orgullo, ni por rabia, sino por lástima. Sentía lástima por ella, por sus sueños truncos (igual que los míos), por la pobre vida que llevaría en ese circo miserable. Ella entonces tendría unos treinta y seis años. Yo tenía dieciocho, trabajaba de empaquetadora en la pulpería y era la querida de un hombre que me llevaba casi cuarenta años.

Un hombre que nunca se casaría conmigo. Un hombre que, más encima, según murmuraba la gente, había sido también amante de mi madre.

En verdad éramos dos sueños tronchados.

Por eso aquella noche decidí encerrarme en casa y no ir a verla. No podía resistirlo. Después supe que hice bien, que además del poco público asistente, el espectáculo había sido patético.

La gente aplaudía por lástima.

Después de la función, mientras los payasos —que además oficiaban de porteros, malabaristas y magos— desarmaban la carpa, sentí un ruido de tacones acercándose por la acera y detenerse ante la puerta. Me puse a temblar. Después golpearon. Ya no me quedó ninguna duda. Era el mismo modo de golpear de mi madre. Me apoyé detrás de la puerta luchando contra los deseos de abrir. Del otro lado se oía su respiración. «Hija, ábreme», decía entre sollozos. Yo también lloraba. Éramos dos náufragas agarradas a la misma tabla. La casa, la calle, el campamento, dejaron de existir. Sólo estábamos ella y yo a cada lado de una puerta.

Sólo ella y yo como a cada lado del mundo.

Pasado un rato se cansó de llamar y oí el ruido de sus tacones alejándose. Mientras algo de mí quería correr tras ella, mi mano permanecía agarrotada al picaporte. Estuve tres días llorando sin descanso.

Después, cuando supe de su muerte, no derramé una sola lágrima. Fue como si esa película ya la hubiera visto dos veces.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de enero de 2011,
en los talleres de Salesianos Impresores S.A.
Santiago de Chile.

María Margarita es una niña con el extraño don de contar películas.

Cuando al poblado llega una de Marilyn Monroe, Gary Cooper o Charlton Heston, o una mexicana con hartas canciones, en su casa se juntan las monedas exactas para un boleto y la mandan a ella a verla. Al llegar del cine tiene que contarle la película a su padre, postrado en un «sillón de ruedas», y a sus cuatro hermanos. Luego, ya famosa, a todo un público que la espera impaciente.

Junto a las peripecias de la niña, convertida de pronto en la mejor contadora de películas de la salitrera, Hernán Rivera Letelier va narrando la historia mágica de los cines en la pampa, en sus tiempos de esplendor y decadencia.



punto de lectura

www.puntodelectura.com